

# Doña Angustias



No es necesario el apellido. Doña Angustias, como la señora Gabriela, alcanzaron una popularidad que estaban muy lejos de proponerse. Lucharon hasta donde les fué posible porque Joselito y Manolete abandonasen su propósito de torear. Las dos fueron vencidas por el destino, al conceder a sus hijos la gloria y la fortuna y, después, la muerte violenta en el ruedo.

La señora Gabriela hace tiempo que descansa junto a los suyos; doña Angustias —próxima a cumplir los ochenta y seis años— sigue viviendo en Córdoba, en el hotel, con mármoles blancos, que compró para ella su hijo Manolete.

Allí hemos conversado con ella en este año en que van a cumplirse veinte de la muerte de su hijo, que, a no ser por su trágica tarde de Linares, sería hoy un torero retirado, que en julio próximo cumpliría cincuenta años.

La casa ha sido conservada con verdadero amor por doña Angustias, que sigue contemplando sus recuerdos con los ojos del alma, porque hace años que ha perdido la vista.

(Algunas tardes sus hijas la llevan en un Jaguar azul a Las Tendillas o, como dicen los cordobeses, a la plaza del Caballo, donde se detienen para explicarte desde el interior del coche lo que dicen los carteles de los cines y qué personas conocidas pasan por la calle en aquel momento.)

En la mañana de nuestra visita, doña Angustias —pulsera y pendientes de brillantes, regalo de su hijo en su primer viaje a Méjico— vestía de riguroso luto, como ha querido vestir desde la muerte de Manolo, a quien recuerda más de niño que como figura del toro.

—Era un hijo que estaba siempre en

torno a mí. Si me sentaba a coser, se pasaba las tardes haciéndome compañía y no podía conseguir que saliese a jugar con los chicos de su edad. Estaba segura de que por ese lado no iba a tener inquietudes en la vida. Hasta que un día observé que traía la camisa rota y poco tiempo después descubrí que tenía pequeñas heridas en las piernas y en los brazos. En seguida me di cuenta. Era la voz de la sangre; era lo inevitable.

Veinte años después de la tarde trágica de Linares, la casa de Manolete, en la calle de Cervantes, de Córdoba, está prácticamente como él la dejó aquel día en que se despidió de su madre con un «hasta luego».

Su dormitorio—que hemos sido invitados a visitar—guarda la intimidad pequeña de Manolete. En el armario empotrado en la pared está ordenada la ropa personal: las corbatas compradas en América, las camisas bordadas con las iniciales M. R., los cinturones, los pañuelos de cuello, los calcetines...

En el baño, las toallas, el jabón empujado, el tubo del dentífrico, el cepillo y los peines, el agua de colonia...

Todo está más que cuidado. Y la impresión que produce no es melancólica. Además, el sol entra hasta el fondo de la casa como para ahuyentar las posibles sombras necrofílicas, como en ciertos museos donde se exhiben recuerdos personales.

Doña Angustias ya no ve la casa. Como Jorge Arenal, el personaje de un cuento de Leopoldo Alas, ha cambiado de luz: ahora ve por dentro. Es decir, reza en su noche eterna—ella, que con sus propios ojos contempló lo que es capaz de hacer la luz física en su encuentro con el oro de los alamares—y Dios la invade de luz interior y de conformidad.

Gente Que Pasa